



La lucha entablada por la liberación del proletariado español y por la consecución de la obra social-revolucionaria iniciada en 1936, requiere todos nuestros esfuerzos. Prestar calor a la lucha es un deber. Negárselo, una deserción. ¡Ayudemos a la resistencia revolucionaria!

Editorial Oportunismo y doctrinarismo

Entre el circunstancialismo vocinglero, amoral y oportunista, dado a cambiar de color y de casaca al menor soplo del aire, y el doctrinarismo dogmático, de reloj parado, de solución única para todos los problemas, los de ayer y los de mañana, existe la posición realista, sincronizada con el tiempo y los problemas que la hora plantea.

Cuando se sustentan ideales revolucionarios y se pretende la empresa de empujar al mundo hacia concepciones de libertad y felicidad, hay que orillar los obstáculos llamados a frustrar tan noble empeño. No se puede prescindir de los principios ni caer en la trampa de las verdades eternas y totalitarias. Entre un renegador de principios y un sacerdote de dogmas inamovibles, nos quedamos sin ninguno. Las realidades de la vida nos enfrentan con el dilema de ser o no ser. Necesitamos un punto de partida, una visión de conjunto, una moral como principio de acción. La estrategia oportunista, de adaptación a cada circunstancia, no conduce a ninguna conclusión positiva. Los oportunistas suelen ser víctimas de su propia doctrina. El oportunismo de una organización o partido suele revolverse contra la organización o partido. La organización o partido de referencia tiene sus jefes que, en un momento dado, cuando la circunstancia lo reclama, pueden sentirse oportunistas contra sus propios camaradas o correligionarios. En una organización oportunista, nadie puede reprochar al jefe su propio sentido e interpretación de la oportunidad. Oportunismo ofrece anecho campo y carta blanca para toda clase de desafueros. Ningún comunista de línea puede, en razón de lógica oportunista, pedirle cuentas al jefe. Ningún jefe oportunista puede armar pleito contra cualquier aventajado discípulo apoyado en el trampolín de la oportunidad para saltarle a las barbas. La planifera de Trotsky contra el sumo pontífice del oportunismo, carece de sentido lógico en lógica oportunista.

En el campo del doctrinarismo chocamos con las mismas paradojas. Sustentar principios significa para muchos encerrar el mundo en una fórmula hermética. Se pierde de vista con frecuencia el giro cambiante de las realidades, la multiformidad y complejidad de las situaciones, la evolución y la revolución de los fenómenos, la sorpresa de los imponderables. Se confunde el principio con el sistema.

Un principio no es ninguna clave mágica; es un principio, nada más que un principio. Es decir, un punto de partida, un guía o serie de generalidades necesarias, una orientación substancial, un rumbo.

Nuestro Malatesta, polemizando con el sacerdocio determinista y sentando la necesidad de un principio de voluntad, no instituirá ningún sistema cerrado, ninguna verdad para todos los tiempos. Quedaban al margen de este principio toda la multiformidad de detalles encomendados al afán de cada hora.

Como anarquistas, celosos de nuestros principios, no aspiramos a hipotecar el porvenir. Partidarios de un punto de partida de cara a las realizaciones, nos hemos levantado siempre contra el resabio de programatismo, de acaparar hasta el mínimo detalle cuanto pertenece a otro tiempo, a otras realidades y a otros hombres. Nos hemos levantado y seguiremos levantándonos contra los que pretenden erigir el anarquismo en una fórmula única, propiedad de un grupo de hombres y de una organización única. Nos levantamos contra el sindicalismo programista pretendiente a la corona oligárquica sindical. Nos levantamos contra los decidores de la buena ventura, adalides de un «sistema» y de una «solución única». Nos levantamos contra todo canchiberío apoltronado y excomulgador, empachado, saturado y congestionado de doctrinarismo totalitario.

A despecho de oportunistas y doctrinarios, lucharemos por la libre anarquía, por la libertad mediante la libertad, contra el bandolerismo político y contra la mentalidad religiosa.

TIBURONES A SECO

Por José Peirats

Acaba de caer en nuestras manos, enviada por mano amiga, una publicación extraordinariamente curiosa. Se trata de una revista policiaca en el sentido técnico de la palabra. Una revista para ilustración y consumo de gentes del oficio o aspirantes a la sacrosanta institución del orden público. Vemos en sus páginas impresas sobre papel satinado, profusamente ilustradas, abundante material didáctico. Biografías brillantes de próceres de la pistola y la chapa, especie de galería de clásicos, dechado de ejemplaridad como tutelares del Estado. Despliegue de fotografías y diseños sobre los últimos y desamparados adelantados en el utilaje represivo. Máximas y recetas encarriladas hacia la formación profesional y lo que podríamos llamar código de disposiciones psicológico-colectivas demandadas a los aspirantes a la suspirada plantilla.

Hemos tenido ocasión de leer en ocasión de públicas oposiciones conectadas con la empleomanía, el profesorado y la técnica, bases de concurso complicadísimas ante las que es fácil agarrarse aun sabiendo nadar más que una trucha. Lo que no sospechábamos ni por asomo es que para ser policía, aun en la época sutil en que vivimos, fuese preciso to-

da una enciclopedia de conocimientos y de cualidades excepcionales. Nos habíamos encaminado con la idea de que bastaba para el oficio tener buena musculatura, olfato más que culinario, tirarle al trabajo como la zorra a los perdigones y el meritorio privilegio de haber nacido atravesado. A creer a la revista no bastan las nociones de boxeo y «cachas cachan», ni la maestría en tiro pichón, ni haber sido cazado a lazo en las selvas de provincias, ni tener anquilosada la espina dorsal, ni ser curioso imperioso de cuanto contienen bolsillos y faltriqueras de los transcurtos, ni saber escalar moradas con o sin permiso judicial. La revista nos desmiente. Además de lo habido y por haber, los aspirantes a «guindillas» deben tener una pupila de Argos. Los exámenes calabaciarían a consagradas eminencias de nuestro siglo. Sólo en el capítulo psicológico para pasar por el aro de la comisaría, hay que saberse de memoria a Freud. Como en muchos casos de nuestra paradógica edad

industrialista, los recursos de la inteligencia humana conservan su primacía frente a los auxiliares artefactos de la técnica. Una vez más, la materia prima es el hombre y el mejor instrumento el cerebro. Hasta don de gentes, donosura y simpatía se requiere por arrobas para endosar la casaca policiaca. Leyendo tales revelaciones, uno llega a preguntarse si estaríamos en la luna arbrando conceptos tan columbiosos para con la policía, o que habrá sido fatalidad la nuestra o lo haber encontrado uno solo sin aire de mozo de mulas, cara de «bull-dog», incapaces de desentrañar el misterio del timón de las misas sin tundir a palo seco a medio censo en despliegue psicológico neanderthalesco. O que los que están en la luna son los consignatarios de tales mercaderías sherlockholmescas, siendo la realidad el clásico y permanente procedimiento de pesquisa e interrogatorio a base de tortura y garrotazo, instaurado universalmente por democracias y totalitarismos. Que quitado el soplo y el provocador, la coacción por amenaza, el refinamiento inquisitorial y el tramamiento traumático, el mejor policía es un tiburón en seco.

Constantemente se alude al progreso como estea bienhecho. Sin embargo, lógico es concretar, si nos hacemos eco de todos los que claman las virtudes progresistas, que tal avanzadilla del conocimiento y de la experiencia no tienen, en el actual estado de cosas, una definición inequívoca. Esto no quiere decir que por nuestra parte no sepamos a qué atenernos, respecto a progreso, estabilidad o retroceso. Estimando que lo progresivo es toda aquella manifestación que tributa facilidades a la vida, no queremos concepcionar como tal lo que a unos proporciona placer y a otros dolor.

Tal vez no todos los admiradores del progresismo suscriban nuestra tesis. No nos sorprenderían las divergencias ni las oposiciones. Porque para el patriota, lo progresivo, o por lo menos para sí, consiste en que su país avance y se supere, aunque sea a costa de otros países que se rebajan del promedio general. Asimismo, a tenor del ejemplo precedente, los comerciantes y otras actividades honoríficas, lo que les importa no es el nivel del conjunto sino lo que les afecta personalmente. Basados en ese concepto y en tal aspiración, se prescinde de los efectos sociales, de la visión de conjunto, tratando de avanzar y remontarse, aunque sea fomentando situaciones trágicas y horripilantes estados de miseria.

Equivale esta realidad, hiriente e inhumana, a que los elementos progresivos, aquellos que se acreditan ser la última novedad en las innovaciones, queden envueltos en caos de aspiraciones, no solamente divergentes si que también opuestas y en franco plan de exterminio. El ejemplo es notorio. Fácilmente puede llegarse a la conclusión, que muy a pesar de las sanas y beneméritas voluntades que se consagran a superar la vida, las vías progresivas no quedan expeditas de obstrucciones a los anhelos de creación.

La falta de cohesión es indiscutible. El tira y afloja se comprende, no porque se desconozcan las virtudes de todas las erraciones, sino porque, a través de las mismas, unos quedan favorecidos y otros perjudicados. No hay comunidad de intereses: tampoco puede haber coordinación de esfuerzos. ¿Las causas de este caos?

No radican en la técnica que puede propiciar nuevos avances y enormes realizaciones. La oposición, el desbarajuste, lo que mantiene el caos imperante es un fenómeno de carácter moral. De no mediar lo último, una cuarta parte de los elementos que la Humanidad dispone, bastarían para que todos los seres tuvieran una buena suerte garantizada.

«Primero y ante todo hay que comprender que la necesaria limitación (no aniquilación) de la iniciativa privada y su adaptación a las exigencias de la comunidad no son practicables, sin tomar en cuenta que la técnica moderna ha transformado el mundo todo en una unidad indisoluble que obliga a mirar todos los asuntos locales bajo una perspectiva mundial, con otras palabras que el plan debe ser internacional.»

Queda sobreentendido, a tenor de lo que acaba de exponer el doctor Nicolaj, que en la vida huma-

Por Severino Compos

na, cuando se trata de problemas de algún interés, éstos rebasan los límites personales o locales que se les quiere atribuir, y demuestran sus características universales y de comunión. Mientras este problema no se resuelva, el progreso no dejará de ser monopolio de potentados, en cuyo envolvimiento se consumirán estérilmente la gran mayoría de energías que se aplica a las investigaciones.

En las corrientes de pensamiento que se dedican a investigaciones científicas, difícilmente se hallará un hombre que aplique sus energías a un resultado socialmente humanitario. Son muchos los que dicen que hay que propulsar la ciencia por la ciencia. Y si ésta es una opinión muy respetable, las creaciones que se desprenden de tales cauces, tan pron-

to como tienen efectividad práctica, son acaparadas a veces para fines antisociales e inhumanos. Mas si éste es el peor de los casos, el exponente principal nos demuestra que las grandes facilidades de ciertas invenciones y descubrimientos quedan limitadas al usufructo de una casta que menosprecia el valor y el derecho de los otros humanos.

Si nos ampare ningún sentimiento pesimista, afirmamos que la enmienda de esta anomalía social no es problema rápido. Por delante de una solución eficaz hay una tarea inmensa y de mérito extraordinario. Hoy, tanto como las creaciones progresivas, y quizás hasta más, lo que interesa es crear la conciencia administrativa que todos esos factores de bienestar requieren para ser útiles en la proporción de su valor. Si a esta tarea no se abcan las principales atenciones, si no se intensifica el sentimiento de comuni-

dad, hasta el extremo de comprender en nuestros semejantes una parte de nuestro yo, una garantía de nuestro interés personal, puede multiplicarse el progreso que la Humanidad no alcanzará el bienestar que le corresponde y que much s aheamos.

No basta disponer de muchos elementos de valor. Lo que más interesa es saberlos usar. Testimonio de que así es lo encontramos en el mundo actual, que en medio de una cantidad de elementos, que bien podrían colmar de dicha a todos los humanos, los tiene sometidos en la más espantosa miseria y la más agresiva insolidaridad. Esto indica la imperante necesidad de una transformación, sin duda el paso progresivo de más trascendencia, ya que ella tendrá la virtud de coordinar todos los elementos dispersos que se mantienen casi sin rendimiento, como objeto de lujo no pocas veces, al mismo tiempo que facilitará mayor número de personas para multiplicar las creaciones sociales.

Ahí tenemos, pues, un margen de desenvolvimiento raro y limitado, actividades culturales que no podemos rehuir si se quiere hacer labor eficaz.

POSTALES NEOYORQUINAS

Por Alejandro Sux

Tres millones y medio de personas dejaron a Nueva York, ayer, huyendo del calor húmedo que convierte a esta ciudad en una casa de baños turcos. Entre la humedad y el calor, las exigencias de la vida mundana captulan; los cuellos se abren, o se desabotonan; las mangas de las camisas se enrollan hasta más arriba del codo, o simplemente se cortan a la altura de los bíceps; algunas, con pretensiones de gayabera cubana, que están de moda, cuelgan por encima de los cinturones, y otras se encajan dentro, abultando delante y detrás. Esto, para los hombres; para las mujeres no es posible enumerar las fantasías nacidas al calor de este fin de junio brutal, lo único decible es que la tendencia se acentúa hacia el traje de Eva antes de expulsión del Paraíso.

Como es fácil de comprender, el consumo de helados aumenta en proporción fantástica; el italiano que, en tiempos de Nerón, invento el «gelatto», no hubiese imaginado jamás que en un país del otro lado de los mares infernales, un pueblo de 150 millones de habitantes consumiría, año tras año, entre tres y cuatro mil millones de litros de helados, lo que representa un término medio de 27 litros por cabeza. La vainilla es el sabor preferido, y le sigue el chocolate y la fresa. Este año se lanzaron otros sabores, pero con gran publicidad, porque el americano es rutinario en todo aquello que pasa por su paladar; la industria de los helados es algo serio; hay fábricas inmensas, con catadores especializados que determinan si tal o cual mezcla gustará en el Sur, en el Oeste, en el Norte, sobre el Atlántico o en los estados del centro. Aquí no hemos probado nunca los helados que se consumen en Arizona, y los de Texas no saben el sabor que tienen los que consumimos nosotros. La mayor parte de estos helados están fabricados a base de crema, por lo que su valor nutritivo es inmenso (953 calorías)... y su poder refrescante... ¡cero! Durante la última guerra mundial (1) los soldados recibían raciones de helados en plena batalla; el helado «cecesteina» en los comercios de drogas que frecuenta la juventud, y en torno a un lustroso mostrador Cupido lanza sus flechas, que pasan por encima de los conos de crema helada o las torres multicolores de los compuestos de mentorengue, crema, polvo de nueces, jarabes diversos y chocolate caliente.

En las plazas se dan cita los desgraciados habitantes que no tienen automóvil, ni oportunidad, o ganas de ir al campo. En los bancos alineados como festones en torno a los lagos liliputienses, miles de ciudadanos estiran las piernas, o las encogen, alargan los brazos, o los pliegan, sueñan rui-

dosamente o en silencio, conversan con sus vecinos o monologuean, discuten negocios o murmuran, tratan de convencer al desconocido que está a su derecha que Truman tiene razón o de que no la tiene, o corteja a la desconocida de su izquierda que fuma plácidamente. Las ardidas del Parque Central tienen las cosas raras y los movimientos lentos. En cambio parece que el «Santuario de los Pájaros», bien defendido con altas cotas de alambre, hubiese vaciado su contenido alado sobre todos los senderos, compitiendo con las palomas en el alimenticio deporte de comer cacahuets que arrojan los vándantes. Los vendedores de alimentos para los pájaros hacen su agosto en este fin de junio, porque en invierno los pasantes son escasos y las parejas juveniles, nulas.

Los grandes automóviles colectivos con los techos abiertos o cubiertos de láminas transparentes de substancia plástica, circulan a través de las grandes avenidas; ruidosos y atentos gargament

de muchachos y de muchachas, de jóvenes de ambos sexos y de gente madura, todos fueños... ¡hasta de las costas del Pacífico! El recorrido es siempre igual: Rockefeller Center, Broadway, Harlem, China Town, Groenwich Village y Wall Street, salpicado con paradas rápidas en los museos... cada uno de los cuales merece que se le consagre medio día por lo menos. Los hoteles reventan de provincianos y las pegas terrazas de los cafés, se congestionan de lo mismo. Es necesario esperar turno para subir hasta el último piso del Empire State (más de 300 metros de altura), rascacielo en forma de botella que sobresale por encima del bosque de torres, y una de las atracciones más sugestivas para los que no viven aquí.

Todo este movimiento veraniego se paga caro; las agencias calculadoras pronostican tal o cual centenar de muertos en accidentes de viaje por carretera, tantos por insolación, ataques cardiacos, etcétera, etc. En un año, mueren víctimas de estas vacaciones de fin de semana, más hombres que en una batalla, y más mujeres que durante un bombardeo de ciudad abierta.

PATRIOTISMO

En el transcurso del reciente «Tour de France», competición ciclista que tiene el poder de embriagar, conmovir, electrizar y obsesionar a cuatro pueblos durante tres semanas, han ocurrido episodios comunes, poco comunes y nada comunes. A la primera categoría pertenecen las caídas y accidentes, los abandonos y las insolaciones; a la segunda, las crónicas deportivas que comparan el estilo del vencedor a la Divina Comedia y hablan de su triunfo como de una hazaña épica y legendaria; a la tercera categoría, en fin, pertenece el curioso episodio que hoy nos ocupa.

Durante una de las etapas, la primera luego de la incursión por los riesgosos paisajes italianos, y a los pocos kilómetros de haber entrado la caravana en territorio francés, procedente de Suiza, se registró algo así como un incidente sin mayores consecuencias: una espectadora situada en el borde del camino, aprovechó la proximidad de un corredor italiano para escupirle en la cara. Eso fué todo.

La joven espectadora—pues era joven, no hará falta que os lo diga—ha defendido la patria con su saliva. No ha hecho otra cosa que nacionalizar las secreciones de sus propias glándulas, sacrificándolas valientemente en aras de la patria. Conocía del ciclista italiano solo una cualidad, su italianismo, y ello bastó para provocar su escupida de orgullo nacional. Escupida que ha de pasar a la historia—no lo dudo—como la más sublime arma del patriotismo ultrajado.

También el deporte, si, organiza su paz armada. También él crea fronteras, y guardias que escupen, y salvas defensivas. También él exigirá de aquí a poco juramento formal de odio al extranjero y credencial legalizada de potencia salivar. Habrá que nacionalizar—el camino está ya empezado—el esfuerzo, el músculo y el sudor; se canonizará, santificando su recuerdo, la gesta heroica de aquella virgen que rechazó el invasor sin más armas que su ideal y su escupida.

No pongo en duda la sinceridad de la joven patriota. Ni dudo de su inteligencia, de su energía, de su valor: es, en cierto modo, la intérprete de su época. Ha llevado a la práctica lo que estaba en el aire, lo que alienta en la historia de los últimos treinta años; su escupida es simbólica, mucho más simbólica hoy que la paloma de la paz o el gorro frío de la libertad. Su escupida es la patria concretizada, hecha acto, y el nacionalismo convertido en acción práctica.

A escupir patrióticamente y a ganar así la posteridad. Sólo nuestra saliva puede defender el honor nacional. M. P.



Los estoicos limpieron el mundo de fantasmas quiméricos, mucho más terribles que los fantasmas de encrucijada.

Los fantasmas quiméricos asedian constantemente al hombre a través de la superstición y de la ignorancia.

El temor, la prevención, la exagerada condescendencia, la consecuencia de nuestros actos, nos empuja a vivir a tientas.

Antes de cometer ciertos actos nos invade el espectro de las consecuencias, siempre las piores en nuestra imaginación.

Por ello no nos dispensamos de acto, noble y fecundo muchas veces, pero no de las consecuencias más malas.

El que deja de hacer algo noble por temor a la represión, sufre parte de ella anticipadamente.

La tortura real es sobrecargada, casi siempre, por la tortura moral, tanto más viva cuanto más ardiente es la imaginación.

Dejando reducido el dolor a sus solos y reales elementos, el dolor físico directo, reduciéramos a un índice mínimo la angustia que atenea a la humanidad.

Muchos agresiones y crímenes se deben al miedo, a desconfianza, a suposiciones erróneas, a sospechas tenebrosas, a verdaderos fantasmas con asiento en nuestra mente.

Existe una tendencia en el hombre a anticiparse a todas las desventuras, a todas las desgracias y tragedias.

Todo lo que hace el hombre con las manos y cuanto solloza a gritos abierto, desgarradamente, es sólo una mínima parte de lo que hace y siente en la intimidad.

Alguien ha dicho que si el alma del hombre fuese transparente, visible a propios y extraños, nos horrorizaríamos de nuestra especie.

La tragedia del hombre reside en la exageración de su sentido preventivo, en el atavismo de ver en cada objeto un peligro, en cada ser un enemigo. - X.

Johan Bojer

La obra de algunos hombres eminentes, es, por lo general, un reflejo de su propia vida. Un caso notabilísimo de esta especie es el novelista noruego Johan Bojer, autor de infinidad de libros asombrosamente justificados del mundo literario liberal y progresivo. Algunos de sus títulos así lo hacen adivinar: «El Camaleón», «Un cortejo popular», «La eterna guerra», «Maternidad», «El poder de la mentira», «Bajo el cielo vacío», «Las noches claras», «Una madre», «Teodora», «San Olaf», «Bruto», «Los ojos del amor», «María Walewska», etc., etc.

En una capital situada en la costa Oeste de Noruega llamada Trondhjem, nació Johan Bojer en 1872. Su vida ofrece el interés de un relato novelesco. Su madre era una sirvienta, que, para seguir trabajando en la ciudad tuvo que separarse del pequeño, enviándolo al campo. Y pasando de una granja a otra, vivió el futuro novelista hasta los diez y ocho años. Johan Bojer ha conocido esta vida campesina en todas sus variedades, vida austera por la severidad de la naturaleza, y sin embargo, extremadamente libre, que ya es un buen principio. Ha ayudado a las pobres gentes que arriandan un pedazo de mala tierra dependiente de una propiedad grande.

A los dieciocho años sentó plaza de soldado. No sentía vocación militar, pero sí un gran deseo de instruirse. En la escuela de suboficiales del ejército noruego, Bojer vistió el uniforme para tener libros y maestros. A pesar de estar bien considerado por sus dotes de inteligencia, apenas terminado su período de enganche volvió a la vida civil, en la que, durante dos o tres años ejerció los más diversos oficios. Pero al mismo tiempo su deseo de instruirse le hizo leer mucho, aprendiendo con tenacidad las principales lenguas extranjeras.

A los veintidós años, empezó a escribir primeramente, obras teatrales que llamaron la atención en Europa; después, novelas, que son las que demostraron su empuje. Ya en el camino de la celebridad, viajó mucho, lo cual forma parte del carácter de los noruegos, que no vacilan nunca ante un viaje, pues tienen una gran facilidad para mudar de sitio; por esto se extienden, tranquilamente, por toda la tierra. El pueblo noruego, en relación con su densidad, ha dado a la ciencia geográfica más exploradores que ningún otro país.

Este ardor viajero de los noruegos jóvenes, paseantes del mundo, que acaban por volver a su tierra, se encuentra en alguna de las novelas de Bojer. Uno de sus personajes, millonario retirado de los negocios, que vive como un rey, ha empezado a hacer su fortuna en Barcelona.

El novelista casó joven con una mujer intelectual; su esposa Eilen Lange, estudiante al efectuar el matrimonio, fué luego Licenciada en Ciencias. Sin embargo, la existencia del joven matrimonio fué extremadamente modesta, pero nuestro hombre trabajó mucho, hasta que, en 1902, a los treinta años de edad, un éxito enorme fuera de su país, afirmó su celebridad, con la popularización de su drama en cuatro actos, «Teodora». Noruega es el país donde la mujer ha ido más lejos en sus aspiraciones.

A partir de 1902, produjo sus obras más esparcidas por el mundo, cuyos títulos hemos mencionado, las que, a medida que se publicaban en noruego se traducían al alemán, al francés, al italiano, al inglés, al holandés, al ruso y bastante buen número de ellas, al español.

No podemos comentar una por una todas las obras de Bojer, pero bastará con exponer el fondo de una de ellas, «El poder de la mentira», que es una obra profundamente humana, para conocer el grado de su espíritu de observación, y su estilo.

«Lanzamos una mentira por distracción, por ligereza, porque la consideramos sin importancia y estamos seguros de que no hará daño a nadie; la gente la acoge, la repite, la agrada, y un día, repentinamente, nos vemos envueltos en ella. Nos falta valor para desdecirnos, grandezza de alma para confesar nuestra falta, agigantada por el público, y segu-

mos adelante, prisioneros de nuestra villanía, sosteniendo por orgullo nuestra falsedad, y hasta somos malos y cometemos grandes delitos morales para que la mentira triunfe y no aparezca como embusteros.»

El final de la obra es de una ironía profunda. El vigor de Bojer, novelista masculino, da un relieve inolvidable a la glorificación pública del mentiroso triunfante, aclamado por sus convecinos como la representación de la seriedad, de la veracidad, de todas las virtudes del hombre justo. Y en su fondo, este protagonista no es

Por Alberto Carsi

malo. Es simplemente un egóista, quizá un cobarde... un hombre como casi todos los hombres.

Hay que admirar al joven rústico que apenas visitó la escuela, que tuvo que hacerse soldado para instruirse y pasó por las más aventureras profesiones, y es hoy un autor universal, que vive rodeado de libros y de admiradores.

También es un motivo de orgullo para su culto país, que ha dado al mundo tantos artistas célebres, como el que estudiamos, los dramaturgos Ibsen y Bjerson, los músicos Svendsen, Grieg, y otros conocidos de todos.

Pero lo que corona la obra y la figura de Bojer es, que, cuando estalló la guerra en 1914, su conducta fué extraordinaria por su nobleza y su independencia, si se le compara con la de ciertos escritores de otros países.

Alemania es la primera nación que reconoció su talento; los teatros alemanes representaron sus dramas; los librerías alemanas vendieron con profusión sus libros; el público germano es el que le había dado más dinero.

«Habéis visto que uniforme lleva la fuerza armada en España? ¿No? Pues no lo imaginéis, porque el uniforme en sí es lo menos. Lo importante es su significado y el uniforme significa siempre lo mismo: sometimiento o mando.

Al individuo que le colocaban sobre los hombros las charreteras de un cosaco o las eses de un nazi se le despoja de lo que tiene de humano y se le convierte en un algo con número.

Lo peor, lo más doloroso y hasta lo más cruel, es que ese algo tiene como misión obedecer ciegamente, tan ciegamente que su obediencia no tiene límites.

El uniforme es siempre despreciable, porque significa impersonalidad de quien lo exhibe. El uniforme es el distintivo del autócrata y del autómatas. Es enemigo del hombre; la cárcel individual con que nos mediatiza la sociedad.

La juventud uniformada es la vejez prematura, es la decadencia moral. De esos mastodontes desfilados de la juventud rusa, de la juventud alemana, de la juventud americana, surgen los conflictos bélicos, el espíritu guerrero, los torres de sangre.

De esa juventud uniformada que desfila encuadrada por aves negras, de rapaña y de sotana, nace la estupidez de los hombres, la sumisión mansa y cobarde del borreguil tropel que entorpece la marcha del Progreso.

La juventud uniformada, de camisa parda, azul o negra, es la antítesis de la juventud sonriente, libre, humana, de la verdadera juventud.

El uniforme denigra, es soez, opresivo. Es el signo de unos tiempos que debemos hacer olvidar para bien de la Humanidad.

Los que venimos bregando para la dignidad de la especie y para el logro de la liberación del hombre en ese medio capitalizado, corrupto y corruptor, pasamos por fases dificultosas en el trato y relación entre los seres vanagloriamente civilizados, estúpidamente «racionales».

La masa, la piara mejor, que zampa y se regodea en el lodazal chapoteante del burguesismo común, es decir, la multitud genérica y social que todo lo acepta sin estudio ni observación, es comprensible que ofrezca contrastes

Y ahí surge la tragedia nuestra, el dilema contradictorio y fatal que nos obliga a la protesta, al reconocimiento de las fallas, a la censura y al pretenso camarada todavía esclavizado y sometido al espíritu y a la materia burguesa, en su pensamiento, en su instinto pensante materialista y burdo, como cualquier otra del montón.

Y no se crea ser retórica eso, sino realidad comprobable frecuentemente. La propaganda de las ideas de superación, ideales de sacrificio y fallas enormes en su vegetar y en su actuación en el medio. Pero no es ya lo mismo, y lo he señalado varias veces, cuando observamos ciertos deslices, contradicciones y fallas entre los nuestros, es decir, entre los que creen y de ello alardean, haber llegado a un estado social superior al común en pensamiento.

Además, la influencia de Alemania era enorme en los países escandinavos al iniciarse la guerra. Todos los intelectuales noruegos estaban sugestionados por los intelectuales de Berlín. Y a pesar de todo esto, la primera voz que sonó en defensa de la República francesa, anatematizando las atrocidades alemanas, fué la de Bojer. El solo vió la Verdad, sólo pesó en su alma la Justicia. Olvidó sus intereses particulares, sus conveniencias egoístas, ante el orgullo y el atropello germánico, que iban a sumir a la Humanidad durante tanto tiempo en la más sangrienta de las pesadillas. Los crímenes de la invasión de Bélgica y del Norte de Francia le hicieron protestar con energía, dedicando desde entonces su pluma y su persona a la propaganda antigermánica.

Johan Bojer dió ochenta conferencias en diversas ciudades noruegas y publicó centenares de artículos contra los peligros de la soberbia alemana. Además, fundó la revista «Atlántico», en la que sostuvo la necesidad de una Liga de todos los pueblos ribereños del Atlántico, desde Noruega a España y Portugal, para hacer frente a la influencia de los Imperios centrales. La noble conducta de Bojer es bien evidente y contrasta con la de otros escritores, que, durante el curso de las guerras provocadas por Alemania, trabajaron por ella, cuando no guardaron una cobarde amorfa.

Por sus orígenes, por su ejemplaridad, por su gesto final en favor de los humildes y del Progreso, merece este hermano de ideal, nuestra memoria y nuestro aplauso; si el mundo abundase los Bojer, que llevasen como éste el sentimiento de la Libertad en su corazón y el de la Justicia en su pluma, muy otra sería la suerte de esta Humanidad martirizada.

UNIFORMES

la sociedad capitalista. El uniforme moral o material es regresivo, caduco, carcelario. Es la negación de la personalidad humana.

El joven lector debe sacar conclusiones de esta modesta parábola. Debe comprender que nuestra madurez de pensamiento es lo que puede hacer de nosotros anarquistas.

El criterio de un hombre tiene valor y merece respeto, aunque sea equivocado, cuando nace de su propio convencimiento, de su propia reflexión. Pero cuando el criterio sustentado por alguien carece de base tan necesaria, no podemos por menos que compadecer al que lo sustenta por brillante que sea.

Las ideas no tienen amo, aunque tienen origen. Las ideas que otro sér concebido pueden ser mías si yo las estudio y me compenetro con ellas hasta llegar a sentirlas. Pueden ser de otro, si otro las siente. Pero no son del que las preconiza sin comprenderlas o sin amarlas.

Las ideas de libertad no se adquieren con un carnet como no se sirven con un uniforme. Por eso, joven lector, has de profundizar en las páginas de los libros, has de estudiar el criterio de los otros, por prestigiosas que sean las firmas que certifiquen la personalidad del autor, antes de hacerlo tuyo.

Todo hombre puede equivocarse; más aún: todo hombre se equivoca. No aceptar como buenas, teorías no comprendidas, debe ser norma. Nuestro deber de hombres libres es hacer de nuestro cerebro el filtro por el que deban pasar todas las ideas que expongamos. De otra manera, no podremos avanzar por el camino de las libertades humanas.

Despreciamos el uniforme, porque el uniforme es el signo de la opresión, porque nos percatamos que el botón de plata o de oro hace abdicar la personalidad, infinitamente más costosa, más preciosa y más útil.

Lo mismo que el soldado lleva uniforme, el hombre que acepta el carnet de un partido deja su

NUESTRO SIGNO TRAGICO

Por Victoria Zeda

causa de liberación humana, con esplendente generosidad y brillantez; otros que, si no aportaron luces intelectuales, en cambio fué su apoyo moral y material ligados al luchador rebelde que al pacífico y conformista medio burgués.

Día a día van desapareciendo las posibilidades de actuación y surgimiento de tales hombres, puesto que la intromisión y expansión capitalista va terminando con los pequeños industriales, los particulares ambientes artesanos en que el sastre, el zapatero, el ebanista, el hojalatero, el cesterero, etc., se desenvuelven por su cuenta emancipados del burgués industrial, siendo sus propios burgueses en procura de auto-explotación, no siempre rendidora materialmente, pero sí libre al saber moverse en una calificación de digna prestancia laboriosa.

Hoy, el pequeño burgués o el artesano individual, tienden a desaparecer, engullidos por el capital en comandita y de trust, y de ahí que sea cada vez más de desear y procurar la existencia del hombre libre, del productor calificado capaz de hacerse valer, a la vez que estimable por un concepto de libertad y de voluntad que el capitalista ni la masa que constituye el todo económico y social son capaces de apreciar ni sentir.

Pero—y de ahí la tragedia nuestra—el ambiente ciudadano capitalista, burgués y bestia, de superficialidad y artificio, lo mismo que una economía que lo absorbe todo y lo reduce a su servicio ciencia, arte, vida, capacidad, sirviéndose de todos los resortes a su mano, conquistan y anulan al (Pasa a la segunda).

de lucha, han necesitado siempre la cooperación de individuos y de grupos para afrontar los dispendios que ello reclama.

Afortunadamente, entre las clasificaciones jerárquicas que determinan clases sociales, ha habido pequeños burgueses de espíritu abierto y cordial afinidad, que aportaron y aportan, siempre que se les solicita, su óbolo para la propaganda.

El hecho de que desenvuelvan su vida en la capa social burguesa, no quiere decir que en verdad lo sean y que acepten sus macas, injusticias y rutinas, pues las circunstancias a veces situánnos en medios a los que nuestra comprensión y afecto no puede sentirse ligado ni cómodo.

Podría citar docenas de hombres de posición familiar burguesa que, no obstante, fueron excelentes hombres libres ofreciendo su inteligencia y su saber a la

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

LA ETERNA REBELDIA

En las diferentes épocas de la historia vamos a Espartaco, con el mismo ademán de romper la cadena, erguido como una columna viviente sobre las ruinas de un pasado atoisgado por los sufrimientos. Con sus ojos, iluminados por la esperanza, mira hacia lo lejos el espejismo del porvenir y dentro detrás de él a todos los rebeldes que han impulsado a las multitudes con nuevas aspiraciones.

Cualquiera que sea la forma de la revolución (política, económica, etcétera), su carácter es siempre el mismo: oposición contra la violencia humana, porque la violencia de la naturaleza se halla incesantemente usurpada por aquélla.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Una enseñanza se deduce siempre de las guerras y de las revoluciones: hombre, no es más allá de las fronteras, sino en tu propio país, donde se halla «el enemigo secular», y no es sólo el «amo» quien tiene la culpa de tu esclavitud (que heredó como una cosa). Eres tú el culpable, tú que no te rebelas contra tí mismo... ¡Esperas el látigo, hombre!...

Solamente cuando la ley interior, del imperativo moral individual, pueda dominar, la revolución desaparecerá también. La guerra pasará asimismo a la historia, cuando las naciones hayan ajustado las cuentas a sus actuales amos, adoradores de los tres ídolos: Estado, Propiedad, Dinero...

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es

siempre violenta y sangrienta. No es el término final de una evolución, sino una anticipación sobre ésta. Es la forma que busca su fondo; la vieja sociedad deberá entrar en el nuevo molde, como la uva bajo los pies de los gigantes sublevados.

Las multitudes se dejan ariar. La esclavitud legal de la antigüedad y la servidumbre que se enmascara bajo la libre competencia de hoy las han acostumbrado al látigo, y sólo éste las impulsa desesperadamente hacia su liberación. Impulso ciego y destructor, que se renueva y preconiiza con el trabajo de crear una nueva ilusión! Los libertadores de hoy se hacen los tiranos de mañana.

La aspiración elemental de nuestra vida tiende hacia la libertad, dicha multiforme y respaldada. La servidumbre exterior, social y la servidumbre interior, individual, son las dos grandes maldiciones ante las cuales el hombre no puede jamás inclinarse totalmente resignado. Hasta el presente, es la revolución política-social la que predomina, aunque ella no deba ser sino la consecuencia natural de la rebeldía interior del individuo. También la revolución, como la guerra, es